

Ramón J. Sender

Crónica del alba, 1

Crónica del alba
Hipogrifo violento
La «Quinta Julieta»



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1971
Tercera edición: 2016
Primera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Ramón J. Sender
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1971, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9104-489-5 (Tomo I)
ISBN: 978-84-9104-510-6 (O. C.)
Depósito legal: M. 25.877-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Crónica del alba
163	Hipogrifo violento
333	La «Quinta Julieta»

Crónica del alba

A los nómadas, antes de rasgar vuestras sábanas de lino y comerse vuestras terneras crudas en la plaza, les gusta recoger sus recuerdos para ponerlos a salvo de las represalias.

Aunque no lo parezca, *Crónica del alba* está escrita en el campo de concentración de Argelés. Su autor era un oficial español del Estado Mayor del 42 Cuerpo del Ejército. Necesito yo haberlo visto para aceptar que un estilo tan sereno y frío, tan «objetivo», fuese posible en aquellas duras condiciones. El verdadero autor, José Garcés, era muy amigo mío. Yo conozco también a Valentina V. y a don Arturo y a toda la familia de Pepe y conocí a algunos otros tipos como don Joaquín A., fallecido ya. Las figuras episódicas y una parte de la atmósfera de la narración me son desconocidas. Pepe Garcés entró con los restos del ejército republicano en Francia. De su situación regular de hombre de 35 años, sano, inteligente y honesto a la manera española, es decir haciendo de la dignidad una especie de religión, se vio convertido en un refugiado sospechoso a quien los negros senegaleses de Pétain trataban a culatazos. Como otros muchos, fue empujado de esa manera al rincón estepario de una tierra abierta a los

mares de febrero. Lo encerraron en un inmenso recinto alambrado. Allí nos encontramos. Había dado las pocas cosas que llevaba –una manta, un vaso de latón y un cortaplu- mas– a los primeros que se lo pidieron. Jamás acudió a donde repartían comida y por lo tanto sólo comía cuando alguien le ofrecía algo. Entre el cielo y la tierra conservaba únicamente un libro. No era un tratado de historia, ni una novela, ni un libro religioso. Era un manual técnico de fortificaciones. Mientras la región central –Madrid y Valencia– resistió, es decir durante las cuatro primeras semanas de nuestra vida en el campo de concentración, siguió leyendo el libro, haciendo croquis, completando sus conocimientos. «Ah –solía decir– en el centro resisten y a nosotros nos llevarán allí cualquier día.»

Había hecho un agujero en el suelo, como una mediana sepultura cerca del mío y allí estaba día y noche con su libro. Aquel refugio era suficiente para preservarnos del viento pero no de la lluvia. Y debíamos dormir allí. Por la noche, la tierra mojada se helaba.

No salía Pepe Garcés sino para acercarse a la entrada del campo donde solían depositar a los que morían (treinta o cuarenta cada día). Después volvía taciturno. «Debemos cuidar nuestra salud en lo posible –decía– porque vamos a ser necesarios todavía.»

El día que supimos que Madrid y Valencia habían capitulado, se fue al mar y arrojó el libro al agua. Volvió a su agujero y trató de dormir. Yo le cedí como otras veces mi manta. Cuando despertó parecía otro. No era fácil creer que se pudiera tener un aspecto más lamentable, pero Pepe Garcés se había derrumbado. El fluido que sostenía sus nervios se fue con el libro de fortificaciones y con la esperanza de volver a la lucha. Era un hombre muerto.

No se interesaba por lo que sucedía a su alrededor. Cuando sabía que alguien había salido del campo y le preguntaban a él si le gustaría salir, se encogía de hombros:

–¿Para qué?

Un día comenzó a hablarme de cosas lejanas. La aldea, su familia, Valentina. Me hablaba sobre todo de una vieja campesina que vivió en su casa hasta que murió la madre. La llamaban la «tía Ignacia». La preocupación de Pepe en aquellos días era si la tía Ignacia habría muerto o no antes de comenzar la guerra. La idea de que un ser tan puro y simple hubiera conocido tantas miserias lo sacaba de quicio. «Tú no sabes –me decía– la impresión que me hizo la última vez que la vi. Yo tenía 28 años, era un hombre formado y había ido a la aldea por asuntos de la hacienda. Hacía muchos años que no iba nadie de mi familia allí. Yo me hospedaba en casa de unos parientes y al enterarse la tía Ignacia vino a verme. Su marido había muerto hacía años y ella tenía una cara arrugadita como una nuez. Me abrazó y besó y después se sentó en una silla y estuvo mirándome. Me miraba y lloraba y no decía nada. Así durante dos horas. Cuando yo me fui la dejé llorando todavía con las manos cruzadas sobre la cintura.» Mi amigo repetía: «¡Oh, si hubiera muerto antes de la guerra, se habría muerto sin conocer tanto odio!». Mi amigo la había visto el año 30. Estaba tan viejecita que quizá no resistió seis años más.

La manía de hablar de aquellos tiempos y aquellas gentes era una defensa y una fuga. Yo también hablaba. Me dejaba influir por las palabras de Pepe sin abandonarme. Estaba con la idea fija en salir del campo. Cuando quería unir la suerte de mi amigo a la mía en mis proyectos de liberación me miraba extraño y repetía:

–¿Salir de aquí? ¿Para qué?

Y se iba a la entrada del campo a ver los muertos del día. «Ésos –me dijo una vez–, éstos se van por la única puerta digna de nosotros.»

Yo no solía discutirle sus palabras. Me había propuesto ahorrar energías en todos los sentidos desde que entré en el campo. Energías físicas, morales, intelectuales. Mi amigo hacía todo lo contrario. Iba y venía, se exaltaba hablando de cualquier cosa y aunque comenzaba a toser y tenía fiebre por las tardes, seguía no comiendo sino una pequeña parte de lo que

yo le daba. Lo demás, lo repartía. Solía decir desolado, mirando alrededor: «¡Oh, qué caras de hambre!». Pero él no veía la suya.

Logré salir del campo e hice gestiones para sacarle, pero tropecé siempre con su negativa. Iba a verle y le llevaba víveres y tabaco que él entregaba inmediatamente a unos campesinos de su provincia, reservándose únicamente un paquete de cigarrillos. La segunda vez que fui lo encontré en tal forma que me extrañaba que se sostuviera de pie.

–No lo creas –contestó a mis alarmas–, estoy mejor que nunca. Con tu manta he hecho una choza y estoy a cubierto de la lluvia y del viento.

Me pidió papel de escribir, cuadernos y lápices. Y después, también, cabos de vela. Yo le llevé además una linterna eléctrica y comprimidos de calcio. El tiempo que estábamos juntos se lo pasaba hablándome de su madre, de la tía Ignacia y de Valentina, que había sido su primer y grande amor. Yo le escuchaba y me interesaba tanto como él. Cuando le hablaba de la posibilidad de salir me atropellaba con nuevos recuerdos de su infancia, de su primera juventud. Yo pensé en los procedimientos más absurdos, incluso en que lo declararan loco, para hacerlo salir de algún modo y una vez fuera encargarme de él y hacer que lo cuidaran; pero no había tal locura, era el hombre más razonable del mundo, aunque hablaba siempre encendido de una especie de entusiasmo idílico.

Cuando todo estaba dispuesto para sacarlo de allí, me dijo:

–Es inútil. No quiero arrastrar la vida por ahí. Si salgo ¿sabes lo que seré? En el mejor caso, un héroe engañado. Nos ha engañado todo el mundo. Y es que la generación que tiene ahora el poder en todas partes es una generación podrida, de embusteros. Pocos de nosotros van a vivir hasta que la generación siguiente, la nuestra, tome la dirección de las cosas. Pero aunque viviéramos no es seguro que la generación que sube no esté contaminada. Parece que para llegar a ese plano del poder hay que perderlo antes todo.

Bajando la voz, como si me hiciera una gran confianza añadió:

–No tienen fe en nada. Y de ahí nace el ser embusteros. ¿Qué va a decir el hombre sin fe? ¿Tú sabes lo que dicen en nuestra tierra cuando descalifican a un hombre? No dicen «es un ladrón» ni «un criminal» aunque lo sea. Eso no tiene tanta importancia. Lo grave es si dicen: «es un sinsustancia» o bien «un desustanciado». En el hombre, la sustancia es la fe. Ésa es toda la cuestión.

–Sal tú de ahí y habrá por el mundo, al menos, un hombre de fe.

–¿Para qué? El aire que respire, el suelo que pise, todo será prestado. Y vivir pidiendo prestado a la gente sin fe, no me convence. No, no. Nuestra guerra era a vida o muerte. El vencido debe pagar. Y tú –añadía–, que eres como yo, no te hagas ilusiones.

–¿Yo?

–Sí. Viene un gran cataclismo. También tú pagarás. Todos los países entrarán en una guerra que se inició entre nosotros. Nuestros mismos problemas se repetirán exactamente en una escala mundial. Y de esa tensión saldrá otra vez la fe de los hombres, y en el peligro, los mejores se reintegrarán en su propia sustancia perdida. Pero, mientras vuelven a arreglarse las cosas, en ese cataclismo seréis arrastrados vosotros. Los embusteros, irritados y miedosos, os atacarán y os destruirán porque sois ahora los más débiles entre los hombres de fe.

Era difícil la discusión porque sus argumentos eran mucho más fuertes que los míos. Y estos argumentos, yo los sentía dentro de mí cada vez que pensaba en su obstinación. Así, pues, desvié las cosas y me puse a hablarle de nuestra infancia. Se entregó en seguida a los recuerdos. Era como si en lugar de seguir viviendo hacia adelante, se pusiera a retroceder. Cada hallazgo de personas, hechos o cosas conocidas le llenaba de gozo. Y me hizo otra revelación:

–Estoy escribiendo todo eso. Eso me distrae –añadió–, pero además... además me ayuda a mantenerme en mi sustancia.

Lo había dicho con un humor noble bajo sus barbas de vagabundo. Le ofrecí nuevos cuadernos y lápices. Mi amigo estaba sorprendido de su propia memoria.

–No me acuerdo de nombres, fechas ni acontecimientos –me dijo– de los dos años anteriores a la guerra, pero mi infancia y mi época de estudiante las recuerdo muy bien, y cuando escribo sobre aquellos tiempos van viniéndome los nombres, las luces, hasta los poemas de mi infancia.

–¡No!

Sacó del bolsillo hojas sueltas, escritas.

–Éste es el primero que dediqué a Valentina, éste es aquel romancillo de amor en la edad del pavo, melancolía agraz que quiere ser madura. Y este otro es un soneto a ella. Lo hice ayer. Y este otro, a los pastores de mi tierra. También lo hice ayer.

Yo le pedí que me los prestara hasta la próxima visita. La canción tenía gracia. Nos traía el sol de la infancia y me hacía reír con una alegría inefable. Comenzaba así:

*En el jardín de mi padre
ha nacido un arbolito
no se lo digas a nadie
porque será tuyo y mío.*

Y después de unas estrofas líricas adaptadas a una canción campesina terminaba así:

*Agüil, agüil,
que viene el notario
con el candil.*

A mí me producía, quizás, tanta emoción como a él. Leyéndolo se encendía en el aire la canción. Acordarse de todo aquello en medio de tanta miseria era una dulce broma de Dios. Me había dado también un romancillo. Ese romancillo

amoroso responde al período ya adolescente con la impaciencia sexual y la melancolía. No pensaba publicarlo, pero aquí está:

ROMANCE A VALENTINA, ESTANDO CADA CUAL
INTERNO EN SU COLEGIO

*Amiga del velar dulce,
amiga dulce del sueño,
en la paz de la ventana
se agita un lienzo labriego,
viene de los lueños pastos
un pastoril clamoreo,
tras de los rebaños queda
una neblina de incienso
y en el cristal de la tarde
sueña la vega del Vero.
Ven junto del solanar
y allí los dos templaremos
las horas en buen romance
con el diapasón del viento
que este viento de Sobrarbe
te encenderá los cabellos,
cantará su antigua gesta
con la rima de mis besos
y después, si a mano viene
antes que salga el lucero,
te hará más blanca y a mí
me apagará el pensamiento.*

Aunque hay cierta fragancia de la tierra, la tristeza parece afectada. Pero en los sonetos siguientes hay talento poético, un talento que no llegó a cultivar nunca «profesionalmente», podríamos decir, si la poesía llega a ser alguna vez profesión. Pero estas cualidades en él eran pequeñas frivolidades al lado de su temple prodigioso.

SONETO A LOS PASTORES DE SANCHO GARCÉS

*Pastores de los montes que dejaban
sus cabañas al cuidado de mastines,
en abarcas marchando a los confines
de Ribagorza, su oración cantaban.*

*Bajo el auspicio de los muertos reyes
a la sombra del roble se acogían,
los cayados en cetros florecían
y de los gozos iban a las leyes.*

*Rodaba la tormenta por los montes
con el granizo de los horizontes
a los dos lados de Guatizalema,
el rayo sobre el árbol descendía
en cruz de oro y el nuevo rey decía:
arrodillaos, que ése es nuestro emblema.*

No me extrañó que en aquellos lugares pudiera hacer versos tan serenos después de haberlo visto despertar bajo la escaracha del amanecer inquieto por la idea de que la tía Ignacia hubiera conocido los horrores de la guerra. Todo aquello mantenía su vida mucho mejor que mis tabletas de calcio. ¡Ay, pero no había de mantenerla sino mientras le fue necesaria para agotar sus recuerdos sobre el papel!

SONETO A VALENTINA

*La tarde en el jardín de mis hermanas
que un boreal aliento enardecía,
de mármol rota Diana y cetrería
desnuda en una intimidad de ranas.*

*Pentecostés del aire en las campanas
el gallo azul rascándose la cresta,*

*flor y frutos en la olvidada cesta
y un temblor en tus dos manos tempranas.*

*Tú no eras tú sino tu conjetura
alzada apenas sobre la cintura
en tu trenza dos hojas de beleño.*

*Yo me apoyaba en tu rodilla rubia
-no me mires ya más, que así es el sueño-
y cerrabas tus párpados de lluvia.*

Mi amigo siguió escribiendo sus recuerdos e intercalando poemas que no conocí y que, por ser escritos a veces fuera de los cuadernos, se han perdido. Después de leer este soneto le hice una pregunta estúpida:

-¿Rodilla rubia?

-Sí.

-¿Valentina?

-Oh, ella era muy morenita, pero su rodilla, sus brazos, su cuello bajo la cadenita de oro de la primera comunión eran rubios.

Mi amigo murió en el campo de concentración de Argelés el día 18 de noviembre de 1939 a los 36 años de edad. Cuando terminó de escribir sus recuerdos -lo que a él le parecía más interesante en aquella «media jornada» de sus 35 años-, no hubo comprimidos de calcio que lo sostuvieran. Murió bajo un cielo lluvioso. En las barbas de los veteranos de la guerra había gotas temblando. Quizá de la lluvia.

Me entregaron todos sus escritos. En el primer cuaderno había esta nota: «Si aprovechas algo y publicas la narración primera, haz lo que puedas para que llegue un ejemplar a Valentina V. Sé que vive y puedes saber su dirección por medio de la familia de R. M. que reside en Coso Bajo, 72, Zaragoza».

Éstos son los tres primeros cuadernos. Los doy tal como estaban, sin separarlos siquiera en capítulos y les pongo el título que me parece más apropiado después de haberle oído hablar de la «media jornada» de su vida.

Aquí comienza la llamada «Crónica del alba»

Por primera vez en mi vida, los hombres me limitan el espacio. No pueden mis pies ir a donde irían ni mis manos hacer lo que querrían. Sin embargo, hay una manera de salir de todo esto. Pero no basta con soñar. Hay que escribir. Si escribo mis recuerdos tengo la impresión de que pongo algo material y mecánico en el recuerdo y en el sueño. Voy a comenzar con la época de mi infancia en la que mis recuerdos aparecen articulados. Seguiré hasta contarle todo, hasta hoy mismo.

Al cumplir diez años creí haber entrado en la época de las responsabilidades. Me alejé un poco de las peleas callejeras, de las luchas de grupos. Yo tenía el mío en la aldea. Ocho o diez chicos que combatían a mis órdenes. El grupo contrario más encarnizado lo mandaba el Colaso y su más terrible afiliado era Carrasco, que vivía en la casa al lado de la mía. Hacía, sin embargo, tres meses que yo no veía a ninguno de los dos. Este cambio obedecía a mi iniciación en la vida de estudiante y a que mi familia me dificultaba cada día más mi «vida privada». Había que estudiar y ya no se trataba de la escuela primaria sino de graves profesores que vivían en la capital y a quienes habría que presentarse para que establecieran mi capacidad en materias tan arduas como la geometría, la historia y el latín.

Para estudiar tenía que recluirme en casa y este cambio de vida hizo que los detalles de la vida familiar tomaran poco a poco relieve. Mi cuarto estaba en lo más alto de la casa y al lado había dos enormes graneros por los que se podía pasar al tejado del segundo piso. Las puertas de esos graneros estaban cerradas con llave para que los niños no entráramos, pero yo entraba y salía fácilmente volviendo a dejarlas cerradas. Maniobraba en las viejas cerraduras, de manera que aún hoy mismo me sorprende.

Para preparar mis lecciones de geometría solía despertar al amanecer, salir a los graneros y por ellos al tejado. El lugar no era muy a propósito para estudiar y me obligaba a ejercitar el riesgo porque las tejas estaban cubiertas de escarcha y en un plano muy inclinado. La primera vez resbalaron mis botas, caí y fui bajando. Me hubiera matado en las losas de un patio interior de no interponerse una chimenea que estaba frente a la ventana. Desde entonces aprendí a deslizarme sentado sobre dos retejeras hasta la chimenea. Una vez allí, me instalaba confortablemente al sol y abría los libros. Iba leyendo mis lecciones pero estaba atento a los gatos y a los pájaros. Los gatos me fueron conociendo y acabamos siendo grandes amigos. Los pájaros, en cambio, no se familiarizaban, por lo menos en aquella época.

Conocía naturalmente a los gatos de casa y los distinguía muy bien de los vecinos. Había uno de color rojizo a quien nadie quería en la familia. Era víctima de un lugar común que en su caso me parecía completamente injusto. Cuando alguien tenía algo malo que decir de un hombre o una mujer de pelo rojizo, guiñaba el ojo y recordaba: «ni perro ni gato de aquel color». La inquina de mi familia contra aquel animal procedía de ese prejuicio y el pobre lo sufría estoicamente. Dándose cuenta de que yo era el único que lo quería, me rodeaba de atenciones. Solía esperarme en el lugar donde el tejado, uniéndose con otro, caía sobre la vertiente contraria. A los gatos les gustan los lugares altos. Al oír maniobrar en la ventana venía pisando suavemente las tejas por los lugares donde no había

escarcha. Yo resbalaba como un muñeco mecánico hasta tropezar con la chimenea y el gato se acercaba, ponía sus patas húmedas en mis libros abiertos señalando una declinación latina, un triángulo y pasando y volviendo a pasar para frotar su lomo contra mi barbilla y su rabo contra mi nariz. Quedaban otros gatos por las inmediaciones mirando al mío con admiración y yo vigilaba sus movimientos. Los llamaba cariñosamente, les mostraba la mano cerrada como si fuera a darles algo y cuando me convencía de que no serían mis amigos sacaba del bolsillo mi tirador de goma y les lanzaba pequeñas granizadas de metralla a veces muy certeras. Entonces se iban, pero sin ninguna alarma.

Desde aquel lugar yo veía la torre del monasterio de Santa Clara, que se alzaba ancha, cuadrada y llena de arabescos mudéjares por encima de las casas intermedias. Entre esa torre y mi atalaya había muchos tejados rojizos, negros, verdosos entre los cuales, a veces, se alzaban las columnitas de un solanar con ropa tendida. Y todos los días, invariablemente, a poco de jugar con el gato se oía el cimbel de la torre que volteaba con una especie de alarma atiplada. «Las monjas salen de sus celdas y van a la capilla», me decía yo. Y aquello era como una advertencia porque el capellán del convento era mi profesor. Se llamaba don Joaquín A. y tenía sus habitaciones al pie mismo de aquella torre. Era un hombre de cincuenta años y de aspecto rudo y melancólico. Mi padre decía que por el accidente que tuvo –se había roto una pierna y cojeaba bastante– había tenido que renunciar a sus ambiciones y recluirse en aquel puesto secundario. Su casa tenía varias habitaciones con puertas de cristales abiertas sobre una terraza cuajada materialmente de flores. La terraza asomaba por un balconcito a la plazuela de Santa Clara y una larga balaustrada ocupaba el costado del atrio del convento. Pavimento, paredes, columnas del portal, escalinata de entrada, todo era de ladrillo que con los años había tomado un color polvoriento. Algunas yerbitas verdeaban en las juntas. En el atrio había una campanita que rompía a gritar en cuanto alguien abría la puerta. El convento era de

clausura, lo que quiere decir que las monjas no salían nunca y tampoco en sus recintos entraba nadie y mucho menos seres del sexo opuesto. Durante la mañana, que era cuando yo iba, solía estar todo aquello lleno de sol. En la tarde y sobre todo al oscurecer no hubiera yo dudado de que había fantasmas. El capellán con su aire tosco y melancólico debía entenderse con ellos.

Para ir al convento yo no tenía que salir verdaderamente a la calle. Por lo menos por la puerta principal. Bajaba al patio interior por la escalera descubierta de las cocinas, desde el patio iba a unas caballerizas, siempre vacías (una delicia para nuestros juegos), después, a un corral lleno de gansos y gallinas con los tejadillos poblados de palomas y desde allí, a un callejón pavimentado con anchas losas desiguales que iba a dar precisamente a la plaza de Santa Clara. Por un lado ese callejón –el callejón de las Monjas– estaba flanqueado de casitas muy pequeñas, apiñadas a la buena de Dios con balconcitos de madera carcomida. En una de esas casitas vivía una mujer que se llamaba (como la plaza y el convento) Clara. Era hermana del obispo –mi padre decía que era «prima» para aminsonar la ofensa de aquel parentesco–, tenía sus cuarenta y ocho años y recibía de su hermano una pensión mensual que le pagaba mi madre. Toda la familia del obispo dedicó los mejores esfuerzos de su vida a convencer a Clara de que debía entrar en el convento, pero ella se reía de todos y repetía con mucha picardía: «Sí, monja, monja. De las de dos en celda». Se gastaba su pensión en trapos. Sobre todo ropa interior, y estaba siempre con una flor en el pelo. Cuando salía era para comprarse dulces en la confitería y vino en la taberna. Sus ropas exteriores eran muy feas, casi harapientas, y si alguna vecina le decía algo se alzaba la falda y le mostraba sus enaguas almidonadas y llenas de encajes, con orgullo. Cuando venía a casa a cobrar su pensión no pasaba de la puerta, pero los niños acudíamos a mirarla.

Todos los días al pasar yo ante su casa, si era invierno, rezongaba ella desde el balcón:

–Pobrecito, con las piernas moradas de frío. Con lo que me roban a mí ya podrían hacerle pantalones largos.

A veces, en la primavera se le exacerbaba su inquina contra el obispo: «Monja, monja –solía decir–, algún día atraparé a mi hermano donde cantan las perdices». Aquella amenaza contra el obispo me sugería a mí una escena divertida: el pobre obispo, un viejecito, a quien todo el mundo veneraba («un santo», decía mi padre), a golpes con su hermana en un cruce de caminos.

Estaba yo bastante adelantado en latín. Así como aquél era mi primer año en geometría era el tercero de latín, porque mi padre tenía la manía culta de que si no sabía latín no sabría bien nunca castellano. La diferencia consistía en que ahora estudiaba el latín para aprobar, es decir que ahora iba en serio. El profesor era terriblemente intransigente porque quería que «cuando fuera a examinarme supiera más latín que el profesor». Se refería al profesor civil del Instituto. Creía que sólo los curas podían saberlo verdaderamente.

Aquel día estudiábamos la Epístola 114 de Séneca y yo estuve muy torpe. Mosén Joaquín conservaba cierto mal humor cuando pasamos a la geometría. Y allí fue Troya. Como tantas otras veces los gatos tenían la culpa. Sobre el texto abierto se veían aún las huellas húmedas de sus manitas delanteras, como dibujos de trébol.

Al final de la clase mosén Joaquín me dijo: «Si a fin de curso sufres un fracaso, tu padre debe saber que eres tú y no yo el responsable». Cerró los ojos como para una gran determinación y balbuceó: «lo siento». Puso en el pequeño cuadernito de tapas de hule un signo cabalístico. Yo tenía que dejar el cuadernito abierto cada día sobre la mesa en el lugar de mi padre a la hora de comer. Y si habitualmente conocía el significado de las iniciales que el profesor ponía, aquel día no comprendí nada. Había un extraño garabato y un número 20. Muy intrigado llegué a casa. Era ya mediodía, pero no estaba mi padre. Mis hermanos, casi todos menores que yo, correteaban por los pasillos. En la cocina se afanaban las niñeras, las nodrizas, la famosa tía Ignacia que no era tía, pero habiendo visto nacer a

mi madre, era tan importante como ella misma. En el comedor, que daba a un ancho patio interior, la mesa se ofrecía deslumbrante de blancura y cristales. Tenía el comedor maderas claras labradas alrededor de una amplia chimenea donde ardían los leños. Correspondía la chimenea justamente al lugar donde se sentaba mi padre y frente a ella se abría un balcón que dejaba ver las galerías de enfrente llenas de sol. Al lado del plato de mi padre se alzaba un sifón envuelto en malla metálica con un dispositivo para producir, con una cápsula de plomo llena de gas carbónico, la soda con la que mezclaba el vino. Aquella cápsula pasaría a ser mía, una vez usada.

Mis hermanos iban llegando. Los pequeños probaban a ponerse ellos solos la servilleta de cintas, para lo cual se la ponían a la espalda, ataban las cintas debajo de la barba y después, ya anudadas, les iban dando vuelta. La tía Ignacia comía con las sirvientas en la cocina y nos asomábamos porque aquel día usaba un enorme cucharón advirtiendo para hacernos reír: «yo como tengo una boquita como un ángel, con una cucharita de café». Las sirvientas habían comido ya, pero la tía Ignacia solía comer al mismo tiempo que nosotros o después. Su marido no venía a casa casi nunca. Un día que la tía Ignacia discutía con la hornera, llegaron a indignarse tanto que la hornera (que le tenía envidia) le dijo que tenía «cara de carnaval» y la tía Ignacia replicó: «tendré cara de carnaval, pero me casé con el hombre más guapo del pueblo». Desde entonces, el marido de la tía Ignacia me parecía como un ser mítico. «El hombre más guapo del pueblo.» Nunca había oído yo hablar de «hombres guapos». Mi hermana mayor que tenía tres años más que yo me confirmó que lo era verdaderamente.

La extraña contraseña de mi cuaderno fue fatal. Sucedió lo que hasta entonces no había podido suceder. El profesor me condenaba a veinte palos. Mi padre, al ver el cuaderno, dispuso que yo no comiera en la mesa con los demás y que subiera a mi cuarto a esperarle. Movía la cabeza con aire desolado. Tenía una gran energía en las cejas, en el ángulo de su nariz, y en el duro bigote recortado. «Tú vas a ser nuestra vergüenza y vili-